William Stanley Jevons

La Teoría de la Economía Política

Estudio preliminar: Manuel Jesús González

Traducción: Juan Pérez-Campanero

Revisión: Carlos Rodríguez Braun

EDICIONES PIRÁMIDE

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

La ciencia de la economía política descansa sobre unos pocos conceptos de carácter aparentemente sencillo. Utilidad, riqueza, valor, mercancía, trabajo, capital, son los elementos de la materia, y cualquiera que posea una comprensión cabal de su naturaleza debe tener o ser capaz de adquirir con prontitud un conocimiento de la ciencia en su integridad. Como han observado casi todos los escritores económicos, es al tratar los elementos simples cuando requerimos el máximo cuidado y precisión, puesto que el menor error de concepto puede viciar todas nuestras deducciones. En consecuencia, he dedicado las páginas que siguen a investigar las condiciones y relaciones entre los conceptos arriba citados.

La reiterada reflexión y la investigación me han conducido a la en cierto modo novedosa opinión de que *el valor depende enteramente de la utilidad.* Las opiniones dominantes consideran el trabajo antes que la utilidad como el origen del valor. Y hay incluso quienes sostienen de forma inequívoca que el trabajo es la *causa* del valor. Yo muestro, por el contrario, que basta con perfilar cuidadosamente las leyes de la variación de la utilidad, como dependiente de la cantidad de mercancía en nuestro poder, para llegar a una teoría del intercambio satisfactoria, de la cual las leyes ordinarias de la oferta y la demanda son una consecuencia necesaria. Esta teoría está en armonía con los hechos, y allí donde aparentemente hay alguna razón para creer que el trabajo es la causa del valor, obtenemos una explicación para tal razón. A menudo se observa que el trabajo determina el valor, pero

sólo de una manera indirecta, por medio de la variación del grado de utilidad de la mercancía a través de un aumento o limitación de la oferta.

Estas ideas no se manifiestan aquí de forma apresurada o poco meditada. Todos los puntos principales de la teoría se gestaron hace ya diez años; pero entonces se publicaron sólo en forma de un breve estudio comunicado a la Sección Estadística o Económica de la British Association en la reunión que tuvo lugar en Cambridge en el año 1862. Un resumen aún más breve de este estudio se incluyó en el informe de la reunión [1], y el propio estudio no se imprimió hasta junio de 1866 [2]. Desde que escribí aquel trabajo, he cuestionado una y otra vez la verdad de mis propias ideas, pero sin haber encontrado nunca razón alguna para dudar de su corrección esencial.

CARÁCTER MATEMÁTICO DE LA CIENCIA

Es claro que la economía, si es que ha de ser una ciencia, tiene que ser una ciencia matemática. Existen muchos prejuicios contra los intentos de introducir los métodos y el lenguaje de las matemáticas en cualquier rama de las ciencias morales. Muchas personas parecen pensar que las ciencias físicas constituyen la esfera apropiada del método matemático, y que las ciencias morales piden otro —no sé cuál— método. Mi teoría de la economía, empero, es, en esencia, puramente matemática. Es más, en la creencia de que las cantidades de las que nos ocupamos deben estar sujetas a la variación continua, no vacilo en utilizar la rama apropiada de la ciencia matemática, aunque ello implique la atrevida consideración de cantidades infinitamente pequeñas. La teoría consiste en la aplicación del cálculo diferencial a los conocidos conceptos de riqueza, utilidad, valor, demanda, oferta, capital, interés, trabajo, y todos los demás conceptos cuantitativos que pertenecen a las operaciones cotidianas de la industria. Así como la teoría completa de casi cualquier otra ciencia implica el uso de tal cálculo, no podemos tener una verdadera teoría de la economía sin su ayuda.

[1] *Reports of Sections*, p. 158.
[2] *Journal of the Statistical Society*, vol. XXIX, p. 282.

En mi opinión, *nuestra ciencia debe ser matemática, simplemente porque opera con cantidades.* Allí donde las cosas tratadas sean susceptibles de ser *mayores o menores,* las leyes y relaciones deben ser matemáticas por naturaleza. Las leyes ordinarias de la oferta y la demanda tratan enteramente de cantidades de mercancía demandadas u ofrecidas, y expresan la manera en que las cantidades varían en conexión con el precio. A consecuencia de este hecho, las leyes *son* matemáticas. Los economistas no pueden cambiar su naturaleza negándoles el nombre, de la misma forma que no se cambia la luz roja llamándola azul. Si las leyes matemáticas de la economía se presentan en palabras o en los símbolos habituales x, y, z, p, q, etc., es accidental o cuestión de pura conveniencia. Si no tememos a la dificultad y la prolijidad, los más complicados problemas matemáticos pueden plantearse en lenguaje ordinario, y se puede llegar a su solución con palabras. De hecho, algunos distinguidos matemáticos han mostrado una tendencia a prescindir de sus símbolos y expresar sus argumentos y resultados en un lenguaje lo más cercano posible al de uso común. En su *Système du monde,* Laplace intentó describir las verdades de la astronomía física en lenguaje común; y Thomson y Tait entretejieron su gran *Treatise on Natural Philosophy* con una interpretación en palabras corrientes, que se suponía al alcance de la comprensión del lector medio [3].

Estos intentos, a pesar de lo distinguido e ingenioso de sus autores, pronto revelan los defectos propios de la gramática y el vocabulario para expresar las relaciones complicadas. Los símbolos de los libros matemáticos no son de naturaleza diferente de la del lenguaje. Forman un sistema perfeccionado de lenguaje, adaptado a los conceptos y relaciones que necesitamos expresar. No constituyen el modo de razonamiento al que sirven de soporte: simplemente facilitan su presentación y comprensión. Por tanto, si en economía tenemos que trabajar con cantidades y complicadas relaciones entre cantidades, debemos razonar matemáticamente. No hacemos la ciencia menos matemática por evitar los símbolos algebraicos. Simplemente nos negamos a emplear, en

[3] La parte no simbólica o en caracteres grandes del *Treatise* se ha publicado en un volumen separado, bajo el título de *Elements of Natural Philosophy,* por los profesores Sir W. Thompson y P. G. Tait, parte I, Oxford, Clarendon Press, 1873. Pero los autores me parecen inexactos al describir su trabajo en el prólogo como *no matemático.* Es comparativamente *no simbólico,* pero igual de matemático que el *Treatise* completo.

una ciencia muy imperfecta grandemente necesitada de todo tipo de ayuda, el aparato de signos apropiados que se considera indispensable en otras ciencias.

La confusión entre ciencias matemáticas y exactas

Muchas personas mantienen un prejuicio contra el lenguaje matemático, que surge de la confusión entre las ideas de ciencia matemática y de ciencia exacta. Piensan que no debemos pretender hacer cálculos hasta que tengamos los datos precisos que nos permitan obtener una respuesta precisa a nuestros cálculos; pero, en realidad, no existe algo que deba llamarse ciencia exacta, salvo en una ciencia comparativa. La astronomía es más exacta que otras ciencias, porque la posición de un planeta o estrella permite una medición ajustada; pero, si examinamos los métodos de la astronomía física, encontramos que son todos aproximados. Cada solución implica hipótesis que no son en realidad verdaderas: como, por ejemplo, que la tierra es un esferoide liso, homogéneo. Incluso los problemas aparentemente más sencillos de la estática o la dinámica son sólo aproximaciones a la verdad [4].

Podemos calcular el efecto de una palanca, supuesto que sea perfectamente inflexible y que tenga un fulcro perfectamente duro —lo cual nunca sucede en la realidad [5]—. Los datos son casi completamente deficientes para la solución completa de casi cualquier problema en la ciencia natural. Si los físicos hubieran esperado a que sus datos fueran precisos antes de servirse de la ayuda de las matemáticas, todavía estaríamos en la era de la ciencia que terminó en la época de Galileo.

Cuando examinamos las ciencias físicas menos precisas, encontramos que los físicos son, de todos los hombres, los más audaces a la hora de desarrollar sus teorías matemáticas anticipándose a los datos. Permítase

[4] Este tema del carácter aproximado de la ciencia cuantitativa es examinado, con alguna extensión, en mis *Principles of Science*, cap. XXI, sobre «The Theory of Approximation» (La teoría de la aproximación), y en algún otro lugar de la misma obra. [Existe una versión española de esta obra, con el título de *Los principios de las ciencias. Lógica del método científico*, publicada en Buenos Aires en 1946 por Espasa Calpe. Desafortunadamente, el texto ha sido reducido, eliminándose buena parte de los capítulos del original.]

[5] Thomson y Tait, *Treatise on Natural Philosophy*, vol. I, p. 337.

a cualquiera que lo dude examinar *Theory of Tides* (Teoría de las mareas) de Airy, incluido en la *Encyclopaedia Metropolitana*. Encontrará allí una teoría matemática maravillosamente compleja que en confesión de su autor no es susceptible de una aplicación exacta ni siquiera aproximada, porque los resultados de los diversos y a menudo desconocidos contornos de los mares no admiten verificación numérica. En este y otros muchos casos tenemos teoría matemática sin los datos necesarios para el cálculo preciso.

La mayor o menor exactitud obtenible en una ciencia matemática es cuestión de accidente, y no afecta al carácter fundamental de la ciencia. Puede haber dos clases de ciencias: aquellas que son *simplemente lógicas* y *aquellas que además de ser lógicas, son también matemáticas*. Si hay una ciencia que determina meramente si una cosa es o no es —si un suceso ocurrirá o no ocurrirá— debe ser una ciencia puramente lógica; pero si la cosa puede ser mayor o menor, o el suceso ocurrirá antes o después, más cerca o más lejos, entonces intervienen las nociones cuantitativas, y la ciencia debe ser matemática en esencia, sea cual sea el nombre que le demos.

Capacidad de medición exacta

Muchos objetarán, sin duda, que los conceptos con los que trabajamos en esta ciencia no son susceptibles de ningún tipo de medición. No podemos pesar, ni calibrar, ni comprobar los sentimientos del espíritu. No hay ninguna unidad de trabajo, o sufrimiento, o gozo. Parecería por tanto que la teoría matemática de la economía estaría privada para siempre de todo dato numérico.

Respondo, en primer lugar, que no hay nada menos justificado en la ciencia que la falta de espíritu inquisitivo y esperanzado. En cuestiones de esta naturaleza, quienes renuncian son casi invariablemente los que jamás han intentado el éxito. Uno podría sentirse desesperanzado si hubiera dedicado toda su vida a una empresa difícil sin el menor destello de estímulo; pero las opiniones corrientes sobre la extensión de la teoría matemática tienden a desalentar a cualquiera de emprender tareas que, aunque difíciles, han de coronarse con éxito algún día.

Si acudimos a la historia de otras ciencias, no extraemos ninguna lección de desánimo. En el caso de casi todo aquello que hoy es medi-

do con exactitud, podemos remontarnos a la era en que predominaban los conceptos más vagos. Antes de Pascal, ¿quién habría pensado en medir *la duda* y *la creencia*? ¿Quién habría imaginado que la investigación de los pequeños juegos de azar conduciría a la creación de la quizá más sublime rama de la ciencia matemática (la teoría de las probabilidades)? Hay ciencias que han llegado a ser exactamente cuantitativas incluso dentro del plazo que pueden recordar hombres que todavía viven. Cuando Quesnay y Baudeau y Le Trosne y Condillac fundaban la economía política en Francia, y Adam Smith en Inglaterra, la electricidad era un fenómeno vago, que ciertamente se sabía que era susceptible de hacerse mayor o menor, pero no se medía ni calculaba. Ha sido en el curso de los últimos cuarenta o cincuenta años cuando se ha establecido una teoría matemática de la electricidad fundada en datos exactos. Ahora poseemos nociones cuantitativas precisas referentes al calor, y se puede medir la temperatura de un cuerpo hasta las 1/5.000 partes de un grado centígrado. Compárese esta precisión con la de los primeros constructores de termómetros, los Académicos del Cimento, que solían graduar sus instrumentos colocándolos bajo los rayos solares para obtener un punto de temperatura fija [6].

De Morgan dice, de forma excelente [7]:

> Para algunas magnitudes surge pronto la idea de medida: en el caso de la longitud, por ejemplo. Pero tomemos otra más difícil y sigamos los pasos a través de los que adquirimos y fijamos la idea: como en el *peso*. No necesitamos saber lo que es... Sabemos que es una magnitud antes de darle un nombre: cualquier niño puede descubrir que hay *más* en una bala y menos en un corcho de doble tamaño. Si no hubiera sido por el sencillo invento de la balanza, de la que estamos seguros (cómo, no importa ahora) de que nos permite equilibrar uno con otro pesos iguales, es decir, descubrir la igualdad y desigualdad y por tanto determinar cuántas veces el mayor contiene al menor, no tendríamos aún hoy ideas mucho más claras sobre el tema del peso como magnitud de lo que las tenemos sobre el talento, la prudencia o la abnegación enfocados de la misma forma.

Todos los que alguna vez han sido siquiera un poco geómetras recordarán la época en que su concepto del ángulo como magnitud era tan vago o quizá más que el de una cualidad moral. Y recordarán también los pasos a través de los cuales esta vaguedad se convirtió en claridad y precisión.

[6] Véase *Principles of Science*, cap. XIII, sobre «The Exact Measurement of Phenomena» (La medición exacta de los fenómenos), 3.ª ed., p. 270.

[7] *Formal Logic*, p. 175.

Y no puede haber duda de que el placer, el dolor, el trabajo, la utilidad, el valor, la riqueza, el dinero, el capital, etc., son todos conceptos cuantificables. Es más, todas nuestras acciones en la industria y el comercio dependen ciertamente de la comparación de cantidades ventajosas o desventajosas. Incluso las teorías de los moralistas han reconocido el carácter cuantitativo de la materia. La *Introduction to the Principles of Morals and Legislation* (Introducción a los principios de moral y legislación) de Bentham es completamente matemática en el carácter del método. No dice [8] cómo estimar la tendencia de una acción: «Súmense todos los valores de todos los placeres, por una parte, y los de todos los dolores, por otra. Si el saldo está del lado del placer, dará la tendencia buena del acto sobre el conjunto, con respecto a los intereses de esa persona individual. Si está en el lado del dolor, su mala tendencia sobre el conjunto». El carácter matemático del tratamiento de Bentham de la ciencia moral está también bien ejemplificado en su notable tratado titulado «A Table of the Springs of Action» (Una tabla de los brotes de la acción), publicado en 1817, en la página 3 y otros lugares.

«Pero, ¿dónde están», preguntará quizá el lector, «sus datos numéricos para estimar los placeres y dolores en la economía política?» Yo respondo que mis datos numéricos son más abundantes y precisos que los de cualquier otra ciencia, pero que todavía no sabemos cómo emplearlos. La propia abundancia de nuestros datos es sorprendente. No hay un solo oficinista ni contable en el país que no se ocupe de registrar datos numéricos para el economista. Los libros de cuentas privados, los grandes libros de contabilidad de los comerciantes, banqueros y oficinas públicas, las cotizaciones de acciones, listas de precios, intereses bancarios, información monetaria, los informes de aduanas y de otros organismos públicos, están todos repletos de los datos numéricos precisos para convertir a la economía en una ciencia exacta. Miles de volúmenes de publicaciones estadísticas, parlamentarias o de otro tipo esperan la labor de investigar. Es en parte la propia extensión y complejidad de la información lo que nos aparta de su uso adecuado. Pero es principalmente el carácter incompleto y la falta de método de esta

[8] Capítulo IV, sobre «Value of a Lot of Pleasure or Pain, How to be Measured» (El valor de un bloque de placer o de dolor, cómo medirlo), sec. V, 5.

vasta masa de información lo que nos impide su utilización en la investigación científica de las leyes naturales de la economía.

No me atrevo a decir que los hombres lleguen a tener alguna vez los medios de medir directamente los sentimientos del corazón humano. Es incluso difícil de concebir una unidad de placer o de dolor; pero es el monto de estos sentimientos lo que está impulsándonos continuamente a comprar y a vender, a prestar y recibir en préstamo, a trabajar y a descansar, a producir y a consumir. Y *es a través de los efectos cuantitativos de los sentimientos como tenemos que estimar sus cantidades relativas.* No podemos conocer o medir la gravedad en su propia esencia más de lo que podemos medir un sentimiento; pero, de la misma forma que medimos la gravedad por sus efectos sobre el movimiento de un péndulo, podemos estimar la igualdad o desigualdad de los sentimientos por las decisiones del espíritu humano. La voluntad es nuestro péndulo, y sus oscilaciones son registradas minuciosamente en las listas de precios de los mercados. No sé cuándo contaremos con un sistema perfecto de estadística, pero su carencia es el único obstáculo en el camino de hacer de la economía una ciencia exacta. En ausencia de una estadística completa, la ciencia no será menos matemática, aunque será inmensamente menos útil que si fuera, comparativamente hablando, exacta. Una teoría correcta es el primer paso hacia su mejora, al mostrar qué es lo que necesitamos y qué podemos conseguir.

LA MEDICIÓN DE LOS SENTIMIENTOS Y LAS MOTIVACIONES

Muchos lectores pueden pensar, incluso después de leer las observaciones precedentes, que es imposible crear un cálculo como el que aquí se contempla, porque no hay modo de definir y medir las cantidades de sentimiento como medimos una milla o un ángulo recto o cualquier otra cantidad física. Ya he dado por sentado que difícilmente podemos concebir una cantidad de placer o dolor, de forma que la expresión numérica de cantidades de sentimiento parece estar fuera de la cuestión. Pero únicamente empleamos unidades de medida en otras cosas para facilitar la comparación de cantidades, y si podemos comparar las cantidades directamente, no necesitamos de las unidades. La mente de cada individuo es la balanza que hace sus propias comparaciones, y es el juez último de las cantidades de sentimiento. Como dice

Mr. Bain [9]: «No es sino una tautología afirmar que el mayor de dos placeres, o el que aparece como tal, rige la acción resultante, porque es la acción resultante la única que determina cuál es el mayor».

En resumen, los placeres son, por el momento, tal como el espíritu los estima; de forma que no podemos hacer una elección o manifestar la voluntad en ningún sentido sin indicar de ese modo un exceso de placer en cierta dirección. Es cierto que el espíritu a menudo vacila y se siente confuso al realizar una elección de gran importancia. Esto indica o una apreciación cambiante de las motivaciones o una sensación de incapacidad para evaluar las cantidades implicadas. No se me ocurriría atribuir a la mente ningún poder preciso de medir y sumar y restar sentimientos de forma tal que resulte una comparación exacta. Raramente o nunca podemos afirmar que un placer es un múltiplo exacto de otro; pero el lector que someta a crítica detenida la siguiente teoría hallará que ésta raramente implica la comparación de cantidades de muy diferente magnitud. La teoría se centra en aquellos puntos críticos en que los placeres son casi —si no completamente— iguales. Nunca intento evaluar el placer total obtenido de la compra de una mercancía. La teoría únicamente expresa que, cuando uno ha comprado suficiente, se derivaría igual placer de la posesión de una pequeña cantidad adicional que de su precio en dinero. De forma similar, la cantidad total de placer que alguien obtiene con un día de trabajo difícilmente forma parte de la cuestión. Es cuando uno duda entre incrementar sus horas de trabajo o no cuando descubrimos una igualdad entre el dolor de ese incremento y el placer del aumento de posesiones que de él se derivan.

El lector hallará, de nuevo, que no se hace en ningún momento el intento de comparar la cantidad de sentimiento de un espíritu con la de otro. No veo el modo en que se puedan realizar tales comparaciones. La sensibilidad de un espíritu puede ser, por lo que sabemos, un millar de veces mayor que la de otro. Pero, supuesto que la sensibilidad difiriera en una proporción parecida en todas direcciones, nunca seríamos capaces de descubrir la diferencia. Cada mente es de este modo inescrutable para cualquier otro, y no es posible ningún denominador común de sentimientos. Pero incluso aunque pudiéramos comparar los sentimientos de diferentes espíritus, no necesitaríamos hacerlo, porque un espíritu sólo afecta a otro indirectamente. Cada suceso del mundo exterior se

[9] *The Emotions and the Will*, 1.ª ed., Londres, 1859, p. 447.

representa en la mente por una motivación correspondiente, y es el balance de éstas lo que impulsa a la voluntad. Pero las emociones de un espíritu se contrapesan sólo con las emociones del mismo espíritu, nunca con las emociones de otros espíritus. Cada persona es para las otras personas una parte del mundo exterior (el *non-ego,* como le llaman los metafísicos). Así, las motivaciones en el espíritu de A pueden dar origen a fenómenos que se pueden representar por motivaciones en el espíritu de B; pero entre A y B hay un abismo. De aquí que la medida de los sentimientos deba confinarse al seno de cada individuo.

Debo señalar aquí que, aunque la teoría presupone la investigación de la condición de un espíritu y basa en esta investigación toda la economía, en la práctica se trabajará con un agregado de individuos. Las formas generales de las leyes de la economía son las mismas en el caso de los individuos y en el de las naciones. Y, en realidad, es una ley que opera en el caso de multitud de individuos lo que da origen al agregado representado en las transacciones de una nación. En la práctica, sin embargo, es realmente imposible detectar el funcionamiento de leyes generales de esta clase en las acciones de uno o unos pocos individuos. Las motivaciones y condiciones son tan numerosas y complicadas que las acciones resultantes tienen la apariencia del capricho y superan los poderes analíticos de la ciencia. Con cada aumento del precio de una mercancía como el azúcar deberíamos, hablando teóricamente, observar que cada persona reduce su consumo en una pequeña cantidad y de acuerdo con una ley regular. En realidad, muchas personas no realizarían el más mínimo cambio. Algunas, probablemente, llegarían al extremo de prescindir por completo del uso del azúcar en tanto su coste continuara siendo excesivo. Sería examinando el consumo medio de azúcar en una población grande como podríamos detectar una variación continua relacionada con la variación del precio por una ley constante. No tendría por qué ocurrir que la ley fuera exactamente la misma en el caso de los agregados y los individuos, a menos que todos esos individuos fueran del mismo carácter y posición en lo que respecta a riqueza y costumbres. Lo que habría sería una ley más o menos regular a la que se aplicarían el mismo tipo de fórmulas. El uso de una media o, lo que es lo mismo, de un resultado agregado depende de la gran probabilidad de que las causas accidentales y perturbadoras actúen, a largo plazo, tan a menudo en una dirección como en otra, de forma que se neutralicen entre sí. Supuesto que tengamos un número

suficiente de casos independientes, podemos entonces detectar el efecto de cualquier *tendencia,* por pequeño que sea. En consecuencia, las cuestiones que aparecen —y quizá son— bastante indeterminadas por lo que respecta a los individuos pueden ser susceptibles de investigación y solución exactas en lo que se refiere a grandes masas y amplios promedios [10].

El método lógico de la economía

El método lógico de la economía como rama de las ciencias sociales es un tema sobre el que se podría escribir mucho y sobre el que en la actualidad (1879) se sustentan muy diversas opiniones. Aquí sólo puedo hacer algunas breves observaciones. Creo que John Stuart Mill está sustancialmente en lo cierto al considerar nuestra ciencia como un caso de lo que llama [11] «el método deductivo físico o concreto». Considera que podemos partir de alguna ley psicológica obvia como, por ejemplo, que se prefiere una ganancia mayor a una menor, y razonar entonces a partir de ahí y predecir los fenómenos que se producirán en la sociedad por tal ley. Las causas de la acción en cualquier comunidad son, ciertamente, tan complicadas que raramente seremos capaces de descubrir los efectos puros de cualquier ley; pero, siempre que podamos analizar los fenómenos estadísticos observados, obtendremos una verificación de nuestro razonamiento. Este enfoque de la cuestión es casi idéntico al adoptado por el profesor Cairnes en sus lecciones sobre *The Character and Logical Method of Political Economy* [12] (El carácter y el método lógico de la Economía Política).

La principal objeción que suscita este tratamiento del tema es que Mill describe el método deductivo concreto como si fuera uno de los muchos métodos inductivos. En mis *Elementary Lessons in Logic* (Lecciones elementales de Lógica) (en 1941 se públicó en Madrid una versión española con el título de *Lógica,* editada por Pegaso), página 258, propuse llamar al método el *método completo,* indicando así que combina la observación, la deducción y la inducción de la manera más

[10] Respecto al significado y empleo de los promedios, véase *Principles of Science,* cap. XVI, sobre «The Method of Means» (El método de las medias).

[11] *System of Logic,* Libro VI, cap. IX, sec. III [trad. cast. Daniel Jorro, Madrid, 1917].

[12] 2.ª ed., MacMillan, 1875.

completa y perfecta. Pero seguidamente llegué a la conclusión de que este llamado método inductivo no es ningún método especial en absoluto, sino simplemente la propia inducción en su forma esencial. Como he explicado extensamente [13], la inducción es una *operación inversa,* la inversa de la deducción, y sólo puede efectuarse con el uso de la deducción. Contando con ciertos hechos de la observación, construimos una hipótesis sobre las leyes que gobiernan esos hechos, razonamos deductivamente desde la hipótesis hasta los resultados que se esperan, y luego examinamos esos resultados junto a los hechos en cuestión. Su coincidencia confirma todo el razonamiento; su conflicto nos obliga a buscar causas perturbadoras o a abandonar nuestra hipótesis. No hay nada de extraño en este procedimiento. Cuando se entiende adecuadamente, se encuentra que es el método de todas las ciencias inductivas.

La ciencia de la economía, sin embargo, es en cierta medida peculiar, debido al hecho, señalado por J. S. Mill y Cairnes, de que sus leyes últimas nos son conocidas de forma inmediata por la intuición o, en todo caso, nos son servidas por otras ciencias físicas o mentales. Que toda persona escogerá el mayor bien aparente, que las necesidades humanas se sacian más o menos rápidamente, que el trabajo prolongado se hace más y más fatigoso, son algunas de las inducciones sencillas de las que podemos partir con gran confianza para razonar deductivamente. De estos axiomas podemos deducir las leyes de la oferta y la demanda, las leyes de ese difícil concepto, el valor, y todos los complicados resultados del comercio, hasta donde se dispone de datos. La concordancia final de nuestras inferencias con observaciones *a posteriori* ratifica nuestro método. Pero, desafortunadamente, esta verificación es la parte menos satisfactoria del proceso, porque, como ha explicado extensamente J. S. Mill, el estado de una nación es infinitamente complicado, y raramente obtendremos dos o más casos que sean comparables. Para reunir las condiciones de la investigación inductiva, deberíamos poder observar los efectos de una causa entrando separadamente en acción, mientras las demás causas permanecen inalteradas. Para probar enteramente los efectos favorables del libre comercio en Inglaterra, deberíamos tener a la nación inalterada en toda circunstancia salvo en la abolición de las cargas y restricciones al comercio [14]. Pero es obvio

[13] *Principles of Science,* caps. VII, IX, XII, etc.
[14] *Principles of Science,* cap. XIX, sobre «Experiment» (Experimentación).

que mientras el libre comercio se estaba introduciendo en Inglaterra, estaban también entrando en acción muchas otras causas de prosperidad: el progreso de la invención, la construcción de los ferrocarriles, el profuso consumo de carbón, la extensión de las colonias, etc., etc. Entonces, aunque los beneficios del libre comercio son grandes e incuestionables, difícilmente se puede probar su existencia *a posteriori.* Se cree en ellos porque el razonamiento deductivo, partiendo de unas premisas de una verdad casi cierta, nos lleva confiadamente a esperar tales resultados, y no hay nada en la experiencia que entre en conflicto lo más mínimo con tales expectativas. A pesar de cambios ocasionales, debidos a fluctuaciones periódicas que dependen de causas físicas, la inmensa prosperidad del país desde la adopción del libre comercio confirma nuestra previsión tanto como, bajo circunstancias complejas, los hechos son capaces de hacerlo. Se verá, por tanto, que la economía política tiende a ser más deductiva que muchas de las ciencias físicas, en las que la verificación muy aproximada es a menudo posible; pero, incluso en la medida en que la ciencia es inductiva, implica el uso del razonamiento deductivo, como ya he explicado.

En el curso de los últimos dos años se ha suscitado un intenso debate en torno al método filosófico de la economía política, con el interesante ensayo de T. E. Cliffe Leslie sobre el tema [15], así como con la reciente comunicación del doctor Ingram a la reunión de Dublín de la British Association [16]. Coincido con estos capaces y eminentes economistas en cuanto a conceder que la investigación histórica es de gran importancia en la ciencia social. Pero, en lugar de convertir nuestra actual ciencia de la economía en una ciencia histórica, destruyéndola completamente en el proceso, yo perfeccionaría y desarrollaría lo que ya tenemos y, al mismo tiempo, erigiría una nueva rama de la ciencia social, con una base histórica. Esta nueva rama de la ciencia, sobre la que ya han trabajado muchos hombres preparados, como Richard Jones, De Laveyele, Lavergne, Cliffe Leslie, Sir Henry Maine, Thorold Rogers, es sin duda una parte de lo que Herbert Spencer llama «sociología», la ciencia de la evolución de las relaciones sociales. La economía política se encuentra en la actualidad en un estado caótico, porque se

[15] *Hermathena,* núm. 4, Dublín, 1876, p. 1.
[16] *Statistical Journal,* enero 1879, vol. XLI, p. 602. Reimpresa además por Longmans, 1878.

necesita subdividir una esfera demasiado extensa del conocimiento. Quesnay, Sir James Steuart, Baudeau, Le Trosne y Condillac diferenciaron primero la economía suficientemente como para lograr que fuera contemplada como una ciencia aparte. Desde entonces se ha ido llenando de grandes aportaciones procedentes del progreso de la investigación. Es únicamente con la subdivisión, con el reconocimiento de una rama de la sociología económica, junto posiblemente a dos o tres ramas más de ciencia la estadística, jurídica o social, como podemos rescatar a nuestra ciencia de su estado de confusión. Yo he intentado ya mostrar la necesidad de dar este paso en una conferencia pronunciada en el University College, en octubre de 1876 [17], y tendré quizá en el futuro oportunidad de extenderme más sobre el tema.

Volviendo, sin embargo, al tema del presente libro, la teoría que aquí se presenta puede describirse como la mecánica de la utilidad y el propio interés. Se puede haber incurrido en descuidos al perfilar sus detalles, pero en sus rasgos principales esta teoría debe ser la verdadera. Su método es tan seguro y demostrativo como el de la cinemática o la estática. Mejor dicho, casi tan evidente en sí mismo como los elementos de Euclides, cuando se comprende plenamente el verdadero significado de las fórmulas.

No vacilo en afirmar, además, que la economía podría convertirse gradualmente en una ciencia exacta si las estadísticas comerciales fueran mucho más completas y precisas de lo que lo son en la actualidad, lo que permitiría dotar a las fórmulas de significado exacto con la ayuda de los datos numéricos. Estos datos consistirían principalmente en contabilizaciones precisas de las cantidades de bienes poseídos y consumidos por la comunidad y los precios a los que son intercambiados. No hay ninguna razón que nos impida disponer de estas estadísticas, excepto el coste y dificultad de reunirlas y la resistencia de las personas a facilitar información. Las propias cantidades a medir son en extremo concretas y precisas. En algunos casos ya tenemos información aproximadamente completa, así en mercancías como el té, el azúcar, el café y el tabaco, que se importan en su totalidad. Pero cuando los artículos no están gravados y se producen en parte en el país, tenemos todavía la idea más imprecisa de las cantidades consumidas. Algún pequeño éxito

[17] *Fortnightly Review*, diciembre 1876, «The Future of Political Economy». (Reimpreso en los *Principles of Economics*, 1905.)

está acompañando ahora, por fin, los esfuerzos para reunir estadísticas agrícolas. Y la gran necesidad sentida por los hombres dedicados al algodón y otros negocios de obtener contabilizaciones exactas de los stocks, las importaciones y el consumo conducirá probablemente a la publicación de información mucho más completa de la que hemos disfrutado hasta ahora.

La ciencia deductiva de la economía debe ser verificada y hecha útil por la ciencia puramente empírica de la estadística. La teoría debe revestirse de la realidad, y la vida, del hecho. Pero las dificultades para esta unión son inmensamente grandes, y las valoro tanto como hace Cairnes en sus admirables lecciones *On the Character and Method of Political Economy*. Apenas intento en esta obra emplear la estadística, y por tanto no aspiro a ninguna precisión numérica. Pero, antes de emprender cualquier investigación de los hechos, debemos tener nociones teóricamente correctas. Y de las que aquí se presentan, diría, en palabras de Hume en su *Essay on Commerce:* «Si son falsas, dejemos que sean rechazadas; pero nadie tiene el derecho de mantener un perjuicio contra ellas simplemente porque se alejan del camino trillado».

La relación de la economía con la ética

Deseo decir aquí unas palabras sobre la relación de la economía con la ciencia moral. La teoría que sigue está enteramente basada en un cálculo del placer y del dolor, y el objeto de la economía es maximizar la felicidad adquiriendo placer con el menor coste posible en dolor. El lenguaje utilizado puede estar sujeto a malententidos, y podría parecer que los placeres y dolores de naturaleza más burda son considerados la motivación exclusiva que guía al espíritu humano. No tengo ninguna vacilación en aceptar la teoría utilitarista de la moral, la cual sostiene que el efecto sobre la felicidad de la humanidad es el criterio para determinar lo que está bien y lo que está mal. Pero jamás he percibido que haya nada en tal teoría que nos impida dar a los términos utilizados la interpretación más amplia o generosa.

Jeremy Bentham formuló la teoría utilitarista de la forma menos restrictiva. Según él, todo aquello que tiene interés o importancia para nosotros debe ser causa de placer o de dolor, y cuando los términos se usan en un sentido lo suficientemente amplio, placer y dolor incluyen

todas las fuerzas que nos impulsan a la acción. Son explícita o implícitamente el objeto de todos nuestros cálculos, y forman las entidades últimas con que tienen que trabajar todas las ciencias morales. Las palabras de Bentham sobre este tema requieren alguna explicación y esclarecimiento, pero son demasiado grandiosas y están demasiado cargadas de verdad para ser omitidas.

> La Naturaleza (dice) ha colocado a la humanidad bajo el mandato de dos señores soberanos: *el dolor* y *el placer*. A ellos solos toca indicar qué deberíamos hacer, así como determinar qué haremos. Los criterios de bondad o maldad por un lado, y la cadena de causas y efectos por otro, están ligados a su trono. Nos gobiernan en todo lo que hacemos, todo lo que decimos, todo lo que pensamos: todo esfuerzo que podamos hacer para arrancarnos su sujeción no servirá más que para probarla y confirmarla. De palabra, un hombre puede pretender abjurar de su imperio; pero, en realidad, permanecerá sujeto a él incesantemente. El *principio de utilidad* reconoce esta sujeción, y la asume para basar en ella este sistema, cuyo objeto es erigir la fábrica de la felicidad con las manos de la razón y de la ley. Los sistemas que intentan cuestionarla trafican con palabras en lugar de con significados, con el capricho en lugar de la razón, con la oscuridad en lugar de la luz [18].

En relación con este pasaje podemos tomar aquel de Paley que dice, con su clara brevedad habitual [19]: «Sostengo que los placeres no difieren en nada salvo en permanencia e intensidad».

La aceptación o el rechazo de la base de la doctrina utilitarista depende, en mi opinión, de la exacta interpretación del lenguaje utilizado. Según me parece, los sentimientos de que un hombre es capaz son de varios grados. Siempre está sujeto al mero placer o dolor físico, que surge necesariamente de sus necesidades y sensibilidad corporales. Es capaz también de sentimientos mentales y morales de diversos grados de elevación. Una motivación superior puede muy bien sobrecompensar todas las consideraciones pertenecientes incluso al rango próximo inferior de los sentimientos; pero en tanto no interviene el motivo superior, es tan deseable como correcto que los motivos inferiores se compensen unos con otros. Comenzando por el estadio inferior, es deber de un hombre, así como su inclinación natural, conseguir el suficiente alimento y todas las demás cosas que puedan satisfacer mejor sus deseos apro-

[18] *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*, por Jeremy Bentham. Edición de 1823, vol. I, p. 1. [En 1841 se publicó en Madrid una versión española, entresacada del original, con el título de *Principios de Legislación*.]

[19] *Principles of Moral and Political Philosophy*, Libro I, cap. VI.

piados y moderados. Si pesan sobre él las necesidades de una familia o de amigos, puede llegar a ser deseable que niegue la completa satisfacción acostumbrada a sus propios deseos o incluso sus necesidades físicas. Pero las necesidades de una familia son sólo un paso a un grado superior de deberes.

La seguridad de una nación, el bienestar de grandes poblaciones, pueden depender de sus esfuerzos, si es un soldado o un estadista. Necesidades de una naturaleza muy fuerte pueden ser ahora sobrecompensadas por necesidades de una naturaleza todavía más fuerte. No me atrevería a decir, en ningún momento, que hemos alcanzado el rango superior, las motivaciones supremas que guían el espíritu. El estadista puede descubrir un conflicto entre motivaciones. Una medida puede prometer, a lo que parece, el mayor bien para un gran número y, sin embargo, puede haber motivaciones de rectitud y honor que le impidan promover esa medida. No es mi propósito averiguar aquí cómo pueden resolverse correctamente cuestiones tan difíciles.

La teoría utilitarista mantiene que todas las fuerzas que influencian el espíritu del hombre son placeres o dolores. Y Paley fue tan lejos como para afirmar que todos los placeres y dolores son de un solo tipo. Mr. Bain, llevando este enfoque hasta sus últimas consecuencias, afirma [20]: «Ninguna complicación podrá nunca disfrazar el hecho general de que nuestra actividad voluntaria se mueve por sólo dos grandes clases de estimulantes: o un placer o un dolor, presente o lejano, se esconden en toda situación que nos impulsa a la acción». La cuestión parece centrarse en el lenguaje utilizado. Llamemos placer a toda motivación que nos atrae a cierto curso de conducta, y llamemos dolor a toda motivación que nos disuade de esa conducta, y pasa a ser imposible negar que todas las acciones están gobernadas por el placer y el dolor. Pero entonces se hace indispensable admitir que un solo placer superior neutralizará a veces una gran cantidad y permanencia de dolores inferiores. Parece difícilmente posible admitir la sentencia de Paley, excepto con una interpretación que invertiría su pretendido significado. Las motivaciones y sentimientos son ciertamente de la misma naturaleza en la medida en que podemos sopesarlos entre sí; pero son, en cualquier caso, casi incomparables en potencia y autoridad.

[20] *The Emotions and the Will*, 1.ª ed., p. 460.

Se cumple mi actual objetivo con señalar esta jerarquía de los sentimientos, y asignar un lugar adecuado a los placeres y dolores con que trabaja el economista. Es con el grado más bajo de sentimientos con el que tratamos aquí. El cálculo de la utilidad apunta a satisfacer las necesidades ordinarias del hombre con el menor coste en trabajo. Se supone que cada trabajador, en ausencia de otras motivaciones, dedica su energía a la acumulación de riqueza. Se necesitaría un cálculo superior de la bondad y maldad morales para mostrar cómo puede emplear mejor esa riqueza para el bien de los demás y el suyo propio. Pero cuando el cálculo superior no establece ninguna prohibición, necesitamos el cálculo inferior para conseguir el máximo bien en materias de indiferencia moral. No hay ninguna regla de moral que nos prohíba hacer crecer dos hojas de hierba en lugar de una si, con un prudente empleo del trabajo, podemos hacerlo así. Y ciertamente podemos decir, con Francis Bacon, «mientras los filósofos disputan si el objetivo apropiado de la vida es el placer o la virtud, provéete tú con los instrumentos de ambos».

CAPÍTULO II

TEORÍA DEL PLACER Y EL DOLOR

EL PLACER Y EL DOLOR COMO CANTIDADES

Al proceder a considerar cómo el placer y el dolor pueden estimarse como magnitudes, debemos aceptar, sin duda, lo que Bentham dejó sentado sobre este tema.

> Para una persona (dice), considerada *en sí misma,* el valor de un placer o dolor, considerado *en sí mismo,* será mayor o menor de acuerdo con las cuatro circunstancias siguientes:
> 1. Su *intensidad.*
> 2. Su *duración.*
> 3. Su *certeza* o *incertidumbre.*
> 4. Su *cercanía* o *lejanía.*
>
> Éstas son las circunstancias que hay que tener en cuenta al estimar un placer o un dolor considerados cada uno de ellos en sí mismo [1].

Bentham [2] continúa considerando otras tres circunstancias que se refieren al resultado definitivo y completo de todo acto de sentimiento. Éstas son:

[1] *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation,* 2.ª ed., 1823, vol. I, p. 49. El primer escritor que, hasta donde yo sé, ha tratado el placer y el dolor de una manera definitivamente cuantitativa es Francis Hutcheson, en su *Essay on the Nature and Conduct of the Passions and Affections,* 1728, pp. 34-43, 126, etc.

[2] *Introduction,* p. 50.